

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

JOHN H. WILLIAMS. *Economic Stability in a Changing World*. Essays in Economic Theory and Policy, Nueva York. Oxford University Press, 1953. 284 pp.

Un libro de John H. Williams es siempre un acontecimiento. Es el autor que se lee. Williams no escribe libros de consulta por cuyos índices se pasa los ojos y después se dejan en la biblioteca en espera de que surja la oportunidad de emplearlos en un punto concreto. La realidad es que Williams ya hace tiempo que no escribe libros. Éste, como la mayor parte de su obra, se compone de artículos y disertaciones escritos con esa sencilla brillantez que es fruto y privilegio de una mente clara y de muchos años de trabajo. Su completa independencia de criterio y amplitud de miras, con que hace honor a la profesión de economista, han sido siempre uno de los grandes atractivos de su obra.

Con excepción del último capítulo, en donde Williams hace una reseña del *Treatise on Money* de Keynes (publicada en 1931) y del Apéndice, donde incluye unas declaraciones ante el Comité Norteamericano de Relaciones Exteriores sobre el Programa de Recuperación Postbélica, los demás ensayos me eran ya conocidos. Releerlos ha sido un placer igual o mayor que la primera lectura. Williams es el autor que yo más anoto. Sus ensayos estimulan la imaginación del lector como pocos economistas logran hacerlo.

La dificultad de una crítica a la obra por parte de un latinoamericano viene de que hay siempre el temor de ser injusto. Williams sostiene que en economía no existe "la" teoría. Las que se ofrecen como tales son, dice, producto del lugar y momento en que aparecen. No se puede generalizar. Entonces, como sabemos que sus ojos están siempre puestos en Estados Unidos y en Europa Occidental, mientras que los nuestros están puestos en América Latina, se nos presenta el temor de que él considere que nuestras objeciones, cuando las hay, se deriven de que nosotros pensamos en algo diferente. Acostumbrado como estoy a tratar temas y personas de distintos lugares de América Latina (y no América Latina) y a escuchar con insistencia la tesis de la individualidad, tipismo, etc., de las circunstancias de cada cual, y a menudo como refugio interesado contra la adopción de políticas sanas pero impopulares, como una racionalización de la línea de menor resistencia, cuando no una defensa de intereses políticos o particulares, la tesis de Williams me es familiar, pero no sé hasta donde querrá él llevarla. Yo no la llevaría demasiado lejos.

La teoría no tiene sentido si no va encaminada a decidir qué debe hacerse (p. 43), y ni la teoría clásica ni la keynesiana le parecen útiles como instrumento de formulación de política. Al menos por lo que respecta al estudio de los fenómenos de desarrollo, si alguna se lleva la palma es la teoría clásica (p. 11). En una ocasión dice, en su tan atractivo estilo: "En cuanto

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

a la utilidad práctica de la teoría, a menudo me he sentido como aquel que tras muchos esfuerzos consiguió aprender a decir un complicado trabalen-guas, pero no encontraba forma de meterlo en la conversación" (p. 15). Supongo que quien escribió esto tuvo que hacer un gran esfuerzo para escribir estas otras palabras: "Nuestro dilema es, y siempre ha sido, que, como dijo Keynes, sin teoría estamos 'perdidos en el bosque'. Sin hipótesis que comprobar carecemos de base para la investigación económica" (p. 43). Con frecuencia sacamos la impresión, sin embargo, de que su descontento con la teoría se reduce a descontento con "algunas" teorías. También puede ser que mis dudas sobre su criterio vengan de que Williams esté menos viciado que yo con la vulgarización de la palabra teoría, que ya se ha convertido en una idea cualquiera, en una explicación de un fenómeno. En fin, creo que, de acuerdo con lo que los más de los economistas consideramos como teoría, las palabras de Williams antes citadas sobre la inutilidad de ésta no pasan de ser una frase, y que el libro que reseñamos está lleno de teoría implícita y explícita. Quizá no sea teoría que dé una explicación global de la economía, pero sí son "teorías" (en plural) sobre una multitud de puntos concretos. Su explicación del desequilibrio de los pagos internacionales como una consecuencia del poderío económico norteamericano y su afirmación de la interdependencia del consumo y la inversión como esencia del progreso, son teorías en el sentido en que todos entendemos la palabra.

Permea la obra ese escepticismo, o prudencia, que algunos consideran un poco negativo, que le han hecho famoso como profesor, y que se manifiesta en una multitud de detalles. De ellos el que más me ha interesado siempre es su rebeldía contra la explicación de un efecto por una sola causa, contra la simplificación de las explicaciones de los fenómenos económicos. Una actitud ésta que pone de manifiesto con extraordinario calor en su crítica de Keynes, quien siempre tendía a simplificar con exceso (¿característica del genio?). Escepticismo o prudencia que se manifiesta también en no aceptar que una sola medida de política baste para solucionar un problema, sino que busque constantemente la conjunción de medidas, el ataque por distintos ángulos simultáneamente, para obtener resultados positivos. Con esta actitud no puedo estar más de acuerdo, al menos como solución práctica o tolerable de los problemas graves.

La economía de Williams es una economía de economistas valientes y trabajadores. Es la economía que no acepta las fórmulas. La construcción de modelos matemáticos se ha convertido, dice, en una especie de "refugio de economistas" (p. 10, nota). No basta dominar una técnica para hacer una economía útil. La tarea del economista se hace mucho más difícil. Si la relación entre consumo e ingreso es indeterminada no es legítimo sacar conclusiones *a priori* sobre las consecuencias de un cambio del ingreso, y de ahí el fracaso de todas las previsiones que se han hecho (p. 56). Si la carac-

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

terística de nuestro tiempo es el desequilibrio, no es legítimo razonar a base de subrayar las tendencias equilibradoras (pp. 7-8), aunque es más cómodo hacerlo. En las teorías generales se tiende a perder de vista o a quitar importancia a los desajustes concretos (p. 231), y así sucesivamente. Enfrentados con una situación determinada o al analizar una política, necesitamos muchos más elementos de juicio de los que suelen tomarse habitualmente para saber sus consecuencias; podríamos parafrasear una famosa expresión popular y decir que “Como puede que sí, puede que no, y (mientras no conozcamos la situación a fondo) lo más seguro es que quién sabe”. El resultado de todo ello no es que debamos cruzarnos de brazos porque somos impotentes, sino que para ser potentes hay que conocer bien las cosas, y que no se debe adoptar una actitud simplista ante problemas complicados, y ¿cuáles no lo son?

Estas son algunas de las consideraciones de orden general que creo pertinentes para presentar el libro de Williams. No es posible reseñar los puntos concretos de que trata, dada la gran diversidad de los temas, algunos de los cuales son su posición ante el estado presente de la economía en sus distintos sectores. En esta obra, como en todas las suyas, Williams se mueve con igual facilidad en el campo de la teoría del comercio internacional, que en el de la teoría monetaria, fiscal, etc., y que en los problemas diarios del reajuste de la economía europea tras los trastornos de la guerra. Sólo se pueden citar algunos puntos, pues el resumen, y no digamos la crítica, de los distintos temas tocados en la obra supondría escribir otra obra mayor. Todo Williams es un resumen, una sedimentación de lecturas y experiencias.

Su crítica a Keynes, que forma el meollo teórico de los ensayos que Williams publica ahora, es fundamental. Su conclusión es que ya no queda nada de la teoría keynesiana, o que lo que queda son perogrulladas. “Para mí [el sistema keynesiano] es una reformulación de la teoría cuantitativa, que [Keynes] trata de llevar hacia atrás para convertirla en una teoría de la producción como un todo’. Lo hace a base de transformar la ecuación cuantitativa en una ecuación del ingreso y de aplicar conceptos derivados mayormente de refinamientos de la k marshalliana (demanda de dinero), e incluyendo, como característica distintiva de su teoría, su “ley” de la propensión a consumir, de la que depende por entero su validez. La médula de la teoría es su conclusión de que una sociedad capitalista avanzada sufre de una combinación de propensión marginal a consumir declinante y oportunidades para invertir en disminución” (pp. 8-9). Para Keynes el consumo era el factor inducido, dependiente del ingreso; la inversión era el factor independiente. Williams, sin embargo, sostiene la tesis de que la relación entre el ingreso y el consumo es inestable; el consumo está influido, por ejemplo, por la liquidez y las expectativas (que en Keynes sólo afectan a la inversión). La comprobación estadística de su posición la encuentra en los trabajos de los

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

econometristas, en especial de Kuznets y Samuelson, así como de Colin Clark, y subraya en diversas ocasiones en apoyo de su tesis la extensión que ha tomado el consumo de los bienes duraderos. En el período comprendido entre las dos guerras el gasto en tales bienes fué tan grande como el gasto en bienes de capital y también lo han sido sus fluctuaciones; por ello no se pueda hacer ninguna generalización sobre cual, el consumo o la inversión, tuvo el papel preponderante en la iniciación de los cambios cíclicos (pp. 25 ss. 61 y 200 ss.). “La esencia del progreso económico es la *interdependencia* del consumo y la inversión, respondiendo el uno a las reacciones del otro —y ambos respondiendo (espontánea más que sistemáticamente) a los cambios de ideas, técnicas y recursos” (p. 53). Es éste otro de los muchos puntos importantes de los ensayos con que simpatizo profundamente.

Son interesantes las observaciones de Williams respecto a los supuestos economistas keynesianos, aquellos que se creen keynesianos pero sólo conservan la terminología de Keynes; con frecuencia, dice Williams, se presentan en defensa de las teorías de Keynes conceptos que la contradicen (pp. 12, 61).

Consecuente con sus ideas sobre la función consumo, aboga por que se modifique la distribución del ingreso: una economía de alto consumo debe ser no sólo una economía de altos salarios, sino también una de bajas ganancias (p. 209). “Hay una presunción fuerte de que el ingreso deba aumentar relativamente a las ganancias. Para que el sistema de libre empresa crezca desde dentro, es preciso que el aumento de las ganancias en respuesta al aumento de la productividad, las nuevas técnicas y las nuevas inversiones se traspase rápidamente [a la población en general] en forma de más salarios y precios más bajos. Sólo así puede lograrse que la expansión del ingreso nacional sea un proceso que se estimule a sí mismo y no uno que necesite ser impulsado crecientemente por los gastos públicos.” Yo escribiría estas palabras con letras de oro en muchos lugares de América Latina. Y Williams continúa: “El problema central está en cómo absorber ganancias en mayores salarios y más bajos precios de una manera continua y ordenada que los negocios puedan tolerar sin tropiezos deflacionarios o sin perjudicar la inversión” (p. 210).

Sobre los desequilibrios de balanza de pagos vale la pena destacar estas líneas: “Mediante la exportación de capital, trabajo y capacidad de dirección, así como mediante la exportación de mercancías, [los países europeos] pudieron concentrar capital y trabajo en un territorio pequeño, de donde resultó una densidad de población que es hoy cuatro veces superior a la de Estados Unidos, especializándose en industrias de rendimientos crecientes, mientras compraban del exterior los productos de industrias de costos crecientes. Pero al proceder así se han visto atados a una organización concreta de sus esfuerzos productivos. A medida que tales países pierden sus ventajas iniciales y se ven aislados de los mercados exteriores, o éstos se contraen por el aumento de las ventajas productivas de los países que se desarrollan en virtud del proceso

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

mismo, se hace cada vez más difícil encontrar alternativas de producción dentro o fuera del país" (p. 26 y, más adelante, p. 39).

Pero frente, o paralelamente, a esta tesis aparece otra explicación de las dificultades (desequilibrios) actuales del mundo, que consiste en atribuirlos a la magnitud económica de Estados Unidos. Una y otra vez Williams insiste en este punto. No es, sin duda, una simple frase, sino una idea arraigada en él. El mecanismo por el cual esa magnitud económica produce el desequilibrio no está específicamente explicado. Es fácil, sin embargo, imaginarlo: Estados Unidos produce tanto de todo que no necesita casi importar, y como su productividad aumenta continuamente (la productividad es un proceso acumulativo) cada vez importará menos; al mismo tiempo, como consecuencia de esta gran productividad en aumento, estará siempre en condiciones de producir y exportar más barato que los demás, pero los demás no podrán comprarle porque, como Estados Unidos no importa, no hay manera de hacer la transferencia de fondos. Esta tesis no me satisface por entero. Me parece que no llega al fondo del problema. La médula de la dificultad la encontramos en la rigidez de la economía europea, de la que él mismo habla en el párrafo antes citado, y en la demanda total europea. En realidad, me parece que hay una buena dosis de contradicción entre la tesis del poderío (o de la productividad) norteamericano como explicación del desequilibrio, y las otras explicaciones parciales que aparecen en distintos lugares de la obra.

Cuando Williams aboga porque se hagan esfuerzos porque aumente la productividad de los países distintos de Estados Unidos, como forma de ayudar a conseguir el equilibrio, lo que está haciendo en realidad es decir que se mantenga la demanda a su altura presente y se consiga el equilibrio por el lado de la producción. Bajar la demanda es un procedimiento que él considera demasiado doctrinario. Sería un procedimiento "no tolerable" que exigiría demasiadas penalidades. El concepto de "tolerable" es posiblemente la médula de mi discrepancia y la razón por la cual yo me inclino a subrayar, para Europa Occidental, el lado de la demanda en vez del lado de la producción para lograr el equilibrio.¹

Me parece perfectamente bien la ayuda de Estados Unidos a Europa mediante el Plan Marshall y me parecería mejor que fuera mayor aún, pero cuando se dice que sin esa ayuda el nivel de vida de Europa Occidental no

¹ En una obra donde, por su naturaleza, prácticamente todas las ideas se hallan repetidas, aparece sólo una vez esta: "La solución última debe encontrarse en un punto intermedio entre el aumento de productividad, por una parte, y la baja del ingreso real, por otra" (p. 130); pero esta tesis, que es enteramente aceptable, aparece dicha como por descuido y por ello no me siento inclinado a mencionarla en el texto.

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

sería tolerable, me parece como si existiera la implicación de que los habitantes de esa región del mundo están hechos de una sustancia especial que les impide vivir a un nivel que sería relativamente muy alto para otras partes del mundo. En un pasaje dice que a Estados Unidos y a Europa les "conviene" que el nivel de vida europeo sea tolerable (p. 121), y esto ya suena más a defensa contra el comunismo que a economía.

También influye en mí el hecho de que con frecuencia la política comercial de algunos países de Europa me causa la impresión de un esfuerzo por utilizar su importancia como mercado como arma de negociación, y que les sirve para imponer a sus abastecedores de importaciones esenciales artículos que éstos no quieren o a precios más altos que los obtenibles en otros lados, evitando en esta forma el esfuerzo que supone efectuar los cambios de producción que serían precisos para sentar su comercio exterior sobre una base sólida; los perjudicados con la estructura de la producción europea y su ineficacia no son sólo los europeos, sino también los países que tienen en Europa un mercado importante para sus productos y que no consiguen dólares a cambio de sus exportaciones.

La tesis del ajuste de la balanza de pagos a través de cambios en el ingreso (o movimientos de dinero), dice Williams, descuida el hecho de que estos ajustes se logren a expensas del ingreso real; "si hay tasas divergentes de crecimiento de la productividad, el comercio será progresivamente menos favorable para los países en que ésta crezca con menos rapidez. Y de esta manera se presenta el problema de cómo equilibrarlo a niveles tolerables de ingreso real" (p. 38). Con esta posición estoy, una vez más, en desacuerdo. Que la dificultad existe, es evidente, y también estoy de acuerdo con que es una lástima que exista. Pero Williams está en realidad aplicando al plano internacional los mismos argumentos que se usaban, por ejemplo, por los obreros hace ya muchos años para oponerse al empleo de máquinas. Sin duda, la aparición de la máquina creó desempleo en los talleres, y los desempleados tuvieron que someterse a un nivel de vida que no consideraron tolerable. Sin duda, también, la competencia dentro de un país crea desajustes y penalidades para los vencidos en ella. Pero esto ha sido el pan nuestro de cada día desde hace muchos siglos y me parece ocioso verlo como una limitación a la teoría del proceso de ajuste (clásica o moderna). Lo que sí sugerirían esas discrepancias de productividad es una serie de consecuencias para la política. Sugerirían, por ejemplo, la deseabilidad de llevar al plano internacional los mismos criterios que rigen en los países más ricos para hacer frente a las penalidades creadas por la competencia y el progreso mismo, es decir, subsidios de desocupación, gastos gubernamentales de distintas clases, etc.; sugerirían, en ausencia de movilidad de factores productivos (trabajo y capital), la legitimidad de sistemas proteccionistas en los países cuya productividad crece más lentamente; sugerirían que a la ventaja de la mayor productividad no debe añadirse el

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

proteccionismo, *dumping*, etc. Sugerirían que lo que en el menos productivo es defensa en el más productivo es ataque. Y así sucesivamente.

Por lo demás, no comprendo la posición de Williams en cuanto a la teoría, cuando está de acuerdo con esta tesis en lo que respecta a política. Así, expresa que deben hacerse esfuerzos por que las inversiones norteamericanas vayan encaminadas a aumentar la productividad (p. 112), que Estados Unidos no debe oponerse a la discriminación en su contra (pp. 84, 86, 144); que Estados Unidos, aún es proteccionista precisamente en aquellas partidas en que Europa Occidental podría competir y que esto es indebido (pp. 122, 162), etc.

No me convencen demasiado las observaciones de Williams sobre los efectos benéficos de un aumento de las reservas oro de Europa para aliviar sus problemas de la balanza de pagos. Además, en algunas ocasiones me parece que toma los movimientos de oro como causa del desequilibrio (pp. 25 y 39). En el último ensayo sobre el Plan Marshall sugiere que la virtud de una mayor reserva oro sea la de evitar la especulación por crear confianza en la moneda (p. 171).

Aunque es grande la tentación de examinar las ideas de Williams sobre política fiscal, es preciso dar fin en algún momento a esta nota.—*Javier Márquez*, México.

GERVASIO A. DE POSADAS BELGRANO, *El Impuesto a los Beneficios Extraordinarios*. Montevideo. Imprenta Barreiro y Ramos, S. A. 1951. Pp. 344.

Una ojeada al índice de la obra permite darse cuenta, desde luego, del plan seguido por el autor. Primero reseña los fundamentos del impuesto sobre utilidades excesivas, incluyendo un análisis de sus consecuencias económicas. Después hace una serie de estudios de carácter general para determinar las características del impuesto y, por último, aborda de plano el estudio de las normas jurídicas que, en tales respectos, están vigentes en el Uruguay.

Si el propósito del autor de la obra ha sido, como lo indica en sus conclusiones, realizar un estudio "útil para la mejor interpretación y aplicación de los textos que rigen la imposición de los beneficios llamados elevados", puede afirmarse que este propósito lo ha logrado con suficiencia desde el momento en que analiza los aspectos más fundamentales al referido impuesto, como son los relativos a la doctrina nacional y extranjera que lo apoyan; a la materia imponible y campo de aplicación del impuesto: fuente, sujetos, métodos para el cómputo de la utilidad y el cómputo del impuesto, amén de otras cosas por demás interesantes. Pero si el autor se propuso realizar un estudio de los llamados "estimulantes", se tienen dudas sobre el particular. En efecto, el autor no está de acuerdo con la existencia del mencionado impuesto dentro del sistema impositivo de su país. Si bien acepta que las ventajas del impuesto sobre utilidades excesivas tienen un carácter social al hacer participar a la comunidad en las ganancias obtenidas por repercusiones económicas; un carác-

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

ter presupuestal al producir al Estado ingresos supletorios de consideración y un carácter económico al apaciguar las fuerzas que agudizan la inflación y la "subida inmoderada de precios", señala, en cambio, una serie de inconvenientes para la economía nacional, en tal forma graves, que el autor de la obra acaba por sostener que el propio impuesto debiera ser suprimido, ya que ha "desaparecido el factor de anormalidad, o sea la guerra, que determinó su implantación". Estos inconvenientes los resume el autor en dos tipos de consideraciones. Unas generales y otras específicas. Las consideraciones de tipo general afirman que en un país nuevo, que necesita aumentar y diversificar su producción impulsando el desarrollo industrial, no es aconsejable establecer un impuesto tan gravoso, que tenga como consecuencia desalentar la inversión. Las consideraciones de tipo específico se hacen consistir en cuatro aspectos principales: *a*) la alteración del valor de la moneda; *b*) el distinto riesgo de cada tipo de actividad; *c*) la determinación de conceptos de ganancia libre en función de la realidad económica nacional, y *d*) la igualdad ante el impuesto. Pudiera pensarse, entonces, dado lo expuesto y sin ánimo de ofender a nadie, en la famosa receta del pepino. Después de una interminable serie de procesos en que el pepino se remoja, se endulza, se enagria y se especia, la propia receta acaba de recomendar que el pepino se corte en pedazos pequeños y... se tire a la basura.

¿Hasta qué punto tiene razón o puede tener razón el señor Posadas Belgrano? Mi impresión personal es la de que resulta muy aventurado afirmar rotundamente que el impuesto sobre utilidades excesivas tenga que ser reprimido en su propio país. Seguramente las condiciones anormales no sólo significan tiempos de "guerra"; significan, también, tiempos de "inflación", cualesquiera que sean las causas que la determinen. Y si existe la inflación existe también la utilidad excesiva. Desconozco la situación económica actual en el Uruguay; pero, seguramente, debe existir un estado de inflación, más o menos agudo, que justifique la existencia de la propia ley.

Ahora bien, si lo que se discute ya no es el "qué" sino el "cómo", la puerta queda abierta a discusiones interminables, en caso de que los temas se abordaran en abstracto, y a críticas no muy afortunadas, por desconocimiento del medio económico, en caso de apreciaciones en concreto. De todos modos, no se quisiera terminar esta nota bibliográfica sin antes ofrecer algún ejemplo de lo que se quiere decir cuando se afirma que la obra del señor Posadas Belgrano es instructiva y útil, pero no "estimulante": entre las objeciones más serias al impuesto sobre utilidades excedentes está la que se deriva del cómputo del capital en giro para los efectos del cómputo del impuesto. No se encuentran en igual situación fiscal, por diferencia en los precios de adquisición, el contribuyente que acaba de adquirir un bien del contribuyente que, años atrás, viene explotando otro bien de la misma naturaleza. En el primer caso,

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

el impuesto a pagar es menor que en el segundo, porque el cómputo del capital base para la imposición ha resultado ser mucho más elevado, ya que no se admite una revaluación del activo fijo. Si el señor Posadas Belgrano, en lugar de quedarse en esta afirmación, fuera más lejos y sugiriera remedios, tal vez pudiera haber despertado algunas inquietudes. Se puede pensar, por ejemplo, en análisis de mayores vuelos que muestren que el inconveniente apuntado se debe al sistema seguido por el Uruguay y la mayor parte de los países de la América Latina, entre los cuales se encuentra México, de sólo aceptar como método de depreciación fiscal el llamado "método de línea recta". Sabido es que dicho método consiste en admitir como deducción del ingreso del contribuyente, por concepto de recuperación del desgaste de los bienes utilizados en la producción, un porcentaje fijo anual que representa una relación entre la vida probable del bien y su costo de adquisición. Dentro de una economía de precios crecientes, el método de línea recta resulta inconveniente no sólo para el cómputo de la utilidad excesiva sino que, también, para el cómputo de la misma utilidad normal en la medida en que las reservas que se han formado por concesiones fiscales resultan notoriamente insuficientes para reemplazar el bien caduco. Se requiere, entonces, un denominador común más flexible para medir la utilidad normal y la utilidad excesiva sin que el fisco, a su vez, resulte gravemente afectado en sus propios intereses. Es aquí donde se llega al terreno de las sugerencias. En lugar de permitir, por concepto de deducción por depreciación, cantidades anuales proporcionales fijas, ¿por qué no aceptar el método llamado de "costo de capital" y que está vigente en el Canadá? Mediante este método el "costo nuevo" resulta mezclado con el "costo antiguo", ya que operarían en tal sentido la existencia contable de cuentas corrientes para los grupos de bienes sujetos a depreciación y, además, la posibilidad de que durante los primeros años de vida del bien se admitiesen deducciones resueltamente más que proporcionales. Es posible que la explicación dada sobre este particular resulte demasiado imprecisa, incompleta e insuficiente. Pero no se desea incurrir en el riesgo de que se piense, con razón, en que no son las ideas del señor Posadas Belgrano las que se discuten sino los deseos del autor de la presente reseña bibliográfica.—*Armando Servín*, México.